

vocación realista y por un irrenunciable carácter testimonial. Así, han sido numerosas las ocasiones en las que hemos podido constatar su compromiso personal con el débil, el enfermo, el marginado y el más castigado por una sociedad injusta e insolidaria; es decir, con quienes más necesitados estaban de un mínimo resquicio de esperanza. De ahí su defensa de la literatura como testimonio de la vida del ser humano y de su lucha diaria, muchas veces infructuosa, por encontrar la felicidad. Porque, para Rodrigo Rubio, literatura y vida han sido siempre inseparables.

Por eso mismo, el conjunto de su obra está marcado por una orientación realista y por una intención crítica, lo cual le lleva a ocuparse, de forma constante, de una serie de temas entre los que destacan los relativos al abandono del campo, la emigración a las ciudades, la guerra civil, la enfermedad, el dolor y la muerte, y la fe en un Dios no siempre atento a quienes sufren e imploran su consuelo y amparo.

Entre los géneros literarios más cultivados por Rodrigo Rubio tienen una importancia capital la novela y el cuento. A la novela se debe, en gran medida, su reconocimiento como escritor, en especial a raíz de la consecución del premio Planeta con *Equipaje de amor para la tierra* (1965), que, como el propio autor confesó en numerosas ocasiones, supuso un importantísimo espaldarazo en su trayectoria profesional. No obstante, su mayor ilusión era abrirse camino como escritor de cuentos, algo que consiguió, sobre todo, gracias a la publicación de una de las obras de las que Rubio se ha sentido más orgulloso, el libro de relatos *Papeles amarillos en el arca* (1969), con el que logró el premio Álvarez Quintero, de la Real Academia de la Lengua, en 1970.

Las obras correspondientes a su primera etapa narrativa se caracterizan por la añoranza del mundo perdido –“el mundo de la adolescencia, de la vida sana, limpia, humana, entrañable, de los pueblos manchegos”– y por la presencia de numerosos elementos de carácter costumbrista –trabajos, fiestas, comidas, juegos infantiles, etc.–, los cuales suelen ir frecuentemente asociados a la utilización de un vocabulario acorde con los personajes que protagonizan las historias elaboradas por el escritor albaceteño.

Una primera etapa, como decimos, marcada por la presencia constante de los recuerdos nostálgicos de su niñez y de su adolescencia en el seno familiar, vinculados a su pueblo de Montalvos y, por extensión, a la llanura manchega. Una tierra a la que siempre se ha sentido fuertemente arraigado y que, con unos u otros nombres –Montalvos, Monsalve, Montejara...–, está presente en sus recuerdos y en la mayor parte de sus novelas y cuentos, lo cual ha permitido que otro escritor castellano-manchego, José López Martínez, lo haya calificado como uno de los principales juglares de La Mancha.